

**Formación
integral: Una
reflexión a
partir de la
sociología de
la cultura**

José Amar Amar

próxima
zona



MANNERING, DOUGLAS. Great Works of Japanese Graphic Art

JOSÉ AMAR AMAR

PSICÓLOGO, UNIVERSIDAD DE CHILE. SOCIÓLOGO; PH.D. CON GRADO MAYOR EN PSICOLOGÍA SOCIAL, COLUMBIA PACIFIC UNIVERSITY; DOCTOR IN PHILOSOPHY IN COUNSELING PSYCHOLOGY, UNIVERSIDAD DE NEWPORT. ACTUAL DECANO DE LA DIVISIÓN DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES DE LA UNIVERSIDAD DEL NORTE. {JAMAR@UNINORTE.EDU.CO}

RESUMEN

Este artículo es una reflexión acerca de la formación integral a partir de la generación de la conciencia de las implicaciones éticas que la universidad tiene en la formación profesional-personal de sus estudiantes, y de sus condicionamientos y efectos sociopolíticos.

En la primera parte se analizan algunos factores sociales esenciales para elaborar una nueva visión de la universidad; en la segunda profundiza en la universidad como clave en la formación de personas profesionales, haciendo énfasis en las humanidades como expresión de lo más humano y lo que le da identidad al ser humano como tal.

Palabras clave: Formación integral, formación profesional - humanidades.

Existe consenso en considerar que para afrontar los retos del siglo XXI es imprescindible para nuestra sociedad una educación superior renovada, con el fin de ampliar nuestra autonomía intelectual, para producir conocimientos y, especialmente, para educar y formar «ciudadanos responsables y conscientes, y especialistas cualificados sin los cuales ninguna nación puede progresar en el plano económico, social, cultural y político» (UNESCO, 1998).

Liderar el futuro, según plantea Jesús Ferro Bayona, «es construirlo, es anticiparse a él con propuestas innovativas, es abrir el camino de nuevas construcciones espirituales para que el ser humano sea sujeto de la historia que viene, y no el objeto de los agentes externos que tratan de pensar por él y de venderle productos para consumir vida» (Ferro, 2000:38). Por ello, para este autor, la universidad: «Ese mundo de saberes, de ciencias, de disciplinas, de profesores y alumnos que comparten y discuten, desde hace varios siglos en Occidente, no está nunca terminado, no ha llegado a ser definitivo. Uno debe pensarlo, y volverlo a pensar, para comprender su incesante marcha, su inagotable energía»(xi).

En consecuencia, la universidad debe ser permanentemente repensada, y hoy más que muchas otras veces. No es posible para la sociedad colombiana asumir el veloz cambio que hoy enfrenta la humanidad, sumado al conjunto de conflictos y contradicciones inherentes a su actual orden social, sin instituciones donde

sea posible «*articular la reflexión con la acción; donde se integren cultura, educación y técnica, y donde confluayan la techné, es decir, la habilidad, el oficio por el cual se transforma algo natural en artificial, con el logos, el pensamiento, la inteligencia, la razón y también, naturalmente, con la ética*» (Lavados).

Por esto, la visión actual de la universidad debe ser repensada de acuerdo con la visión del mundo contemporáneo, que incorpora los nuevos saberes que están remodelando el mundo. Pero que también se preocupe de teorizar lo irreductiblemente humano, aquello que define al ser humano como tal: su lenguaje, su pensamiento, su vivencia del tiempo y del espacio, su vocación de trascendencia y de belleza, sus creencias y su libertad.

Por lo tanto, hablar hoy de formación integral es mucho más complejo. Se hace necesario, aunque sea brevemente, referirse a algunos factores del contexto en el que la universidad está inmersa, a partir del análisis que se puede hacer desde la sociología de la cultura.

■ Sociedad del conocimiento

Taichi Sakaiya (1995, citado por Boisier, 2001) popularizó el término «sociedad del conocimiento» para describir una visión de lo que sería la estructura de la sociedad venidera. Introduce el concepto de «valor del conocimiento» para referirse al hecho de que hacia el futuro la verdadera riqueza estará en el «proceso del

saber» como en el «valor creado por el saber»; en otras palabras, el precio o el valor que una sociedad otorga a aquello que el grupo reconoce como saber creativo.

Pero el concepto de sociedad del conocimiento no se limita exclusivamente al mundo material como lo utilizan los ortodoxos neoliberales, que lo reducen a una visión estrecha del concepto de ciencia y tecnología, sino que también implica un reconocimiento valórico. Los seres humanos no sólo tenemos necesidades de objetos materiales; también existe una alta demanda de necesidades no materiales, como la paz, la seguridad, la justicia, la solidaridad, etc. Poniendo énfasis en este aspecto, la Canadian International Development Agency (Normadin, 1977, 124) hace la siguiente reflexión: *«Con el tiempo, se ha producido una creciente aceptación de que los seres humanos no son simplemente agentes económicos en búsqueda racional y unilateral de un mayor consumo de bienes y servicios. Los seres humanos también quieren vivir en un entorno físico agradable, en armonía social, en lugares tranquilos y seguros y en una comunidad que les permita vivir un estilo de vida compatible con sus aspiraciones sociales y culturales. Igualmente importante, desean ejercer su capacidad para hacer opciones para ellos e influir en las opciones de su comunidad»* (Boisier, 2001: 8, traducción libre).

A pesar de estas buenas intenciones, no se puede desconocer

que esta sociedad del conocimiento en el mundo globalizado se hace cada vez más compleja; los bienes y servicios transables exigen cada vez más progreso técnico (más información, más conocimiento, más innovación) y las reglas de negociación se complejizan, porque los actores también deben incorporar día a día nuevos saberes.

Lo que la sociedad del conocimiento le exige a la universidad es la misma condición que se le exige a una empresa o a una persona: «ser exitoso». Y para ello, las instituciones universitarias deben aceptar que no se puede ganar un juego complejo con jugadores y estrategias simples, sino también lograr un desarrollo humano compatible con las nuevas exigencias requeridas por esta nueva sociedad. Al respecto, en la introducción de su libro *Economie Globale et Réinvention du Local* Savy y Veltz (1995) afirman que *«El progreso técnico, a la inversa [del capital], aparece cada vez menos y menos como un bien público accesible a todos. Es transmitido mediante las competencias inmateriales (las personas y las redes de personas) mucho más que por medio de las máquinas o mecanismos estandarizados. Circula rápidamente, pero en esferas restringidas, ya que las técnicas nuevas requieren de un entorno de producción pero también de un uso cada vez más y más sofisticado»* (Boisier, 2001).

Las sociedades de hoy deben casi permanentemente reconstruir

estructuras obsoletas, revisar recursos agotables, recuperar instituciones, pero por encima de todo, las crisis dan oportunidades reales para tener acceso al conocimiento. Por esto, la tarea fundamental de las universidades del país es luchar para que el conocimiento y la preparación técnica sean un bien común accesible a todos, pues ya hay demasiada evidencia de la creciente relación entre desarrollo humano, por un lado, y la posición exitosa por otra. Tener éxito no puede ser sino el resultado de más conocimientos, de más complejidad y de más velocidad, y éstas son virtudes que en la mayor parte dependen de los seres humanos más que de máquinas o bienes materiales.

Si se revisan los modelos exitosos que han seguido los postulados de la sociedad del conocimiento, veremos que éstos han implicado profundos cambios en los sistemas educativos de estos países. El éxito o fracaso de las personas, instituciones y naciones, así como la prosperidad, dependen del nivel del conocimiento de su población. La creatividad científico-tecnológica es la que en definitiva da las ventajas competitivas. Si se mira la balanza comercial de Estados Unidos, uno puede darse cuenta que es deficitaria; sin embargo, gracias a la venta de conocimientos vuelve favorable su balanza comercial. Esta nación no sólo está vendiendo objetos, sino también conocimientos básicos, conocimientos aplicados, diseños tecnológicos, patentes, franquicias, que son el producto de su desarrollo

científico-tecnológico.

Un ejemplo más llamativo sobre sociedades exitosas desde el punto de vista del conocimiento es el de la República de Corea, que no dispone de recursos naturales ni de capital suficiente; sin embargo, el pueblo coreano ha creado una inmensa base de conocimientos. Este país tiene el índice más alto de ingreso a la educación superior del mundo (68%); tiene una autopista de información que atraviesa todo el país; el 28% de la población tiene acceso a Internet en sus hogares, y cada cinco años forma 200.000 especialistas en información y tecnología con capacidad de generar innovación en el sistema productivo.

Hoy, los países no deben sólo superar su brecha entre pobres y ricos, sino también entre los que no tienen acceso al mundo digital y los que sí tienen.

Pero la sociedad del conocimiento no implica sólo cambios económicos, científicos y tecnológicos, sino también un profundo cambio de valores. En varios países de América Latina, muchas personas se sienten agobiadas por los esfuerzos competitivos, ausentes de bienestar emocional, de seguridad y de solidaridad. Muchos aspiran a una sociedad más igualitaria donde se fortalezca lo común y se abran espacios de existencia en la vida cotidiana con un rostro más humano; donde los cambios de paradigmas científicos, productivos, organizacionales o de otro origen tengan como finalidad última la construcción de una sociedad más

digna para todos los seres que poblamos el planeta.

Si miramos la situación de Colombia, el Plan de Desarrollo Educativo 1998-2001 muestra cifras alarmantes sobre la realidad educativa nacional. No podemos hablar de sociedad del conocimiento en un país donde dos millones y medio de jóvenes en edad escolar no tienen cabida en el bachillerato; donde el gasto de educación no llega siquiera al 5% del Producto Interno Bruto; donde el gasto por alumno ha ido bajando; donde el 60% de los niños que ingresan a la primaria llegan sólo hasta 5º, y donde el promedio de resultados en matemáticas (TIMSS) en 8º fue de 385 y el máximo de 495, cuando el mínimo promedio mundial es de 515 puntos (COLCIENCIAS, 1999).

Así que las universidades deben tener claro que reciben en su seno a una élite intelectual, pero deficientemente formada al compararla con los estándares internacionales. Todo esto nos muestra el abismo que nos separa de esta propuesta de sociedad del conocimiento. Por esto, el sentido de calidad de la educación superior debe cambiar cualitativamente. Porque se necesita una nueva visión y un nuevo modelo de educación superior que no se concrete en el mero dominio cognoscitivo de las disciplinas, sino que, además, debe situar a los estudiantes y sus necesidades en el centro de las preocupaciones, para que éstos se conviertan en ciudadanos bien informados, provistos de sentido crítico, capaces de

comprender y dar solución a los problemas que se plantean a la sociedad, y ser capaces de asumir responsabilidades sociales. Pero, al mismo tiempo, debe considerar los procesos de formación, educación e investigación, e incorporar plenamente el potencial de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, a fin de ampliar y diversificar la transmisión del saber, para poner el conocimiento y la información a disposición de públicos masivos.

■ El papel de la Ciencia y la Tecnología

Una de las características de la sociedad del conocimiento es el papel que tiene la investigación científica. Un hecho significativo de la ciencia actual es que el paradigma predominante a partir del siglo XIX y gran parte del siglo XX se derivaba de la física clásica, donde el mundo era entendido como *«cuerpos que se movían, chocaban o reaccionaban a las fuerzas descritas por las leyes de Newton»* (Fischer, 2001). Incluso la tecnología imperante se basaba en la física clásica.

Este paradigma tuvo grandes consecuencias en el quehacer científico de la época, incluso en las ciencias humanas y sociales. El caso más claro es el psicoanálisis, desarrollado por Sigmund Freud, que describió todo su sistema sobre una metáfora hidráulica con conceptos como psicología dinámica, presiones, tendencias y contratendencias, y otros similares. De la misma manera, el materialismo dialéctico de Marx, que

explica las estructuras sociales en relación con los medios de producción, no se escapa del paradigma de la física clásica.

Por su parte, unidas al descubrimiento del ADN por Watson y Crick, la teoría de la relatividad de Einstein y la mecánica cuántica de Planck, que produjeron una transformación radical de la concepción clásica del universo, permitieron un viraje en el foco de atención de la física hacia la biología. La perspectiva central del ser humano deja de ser el control del espacio para interesarse por el control del tiempo.

Pero la esencia de la ciencia y la tecnología en esta sociedad del conocimiento no es sólo aumentar el dominio sobre la naturaleza externa, sino también sobre la naturaleza de los vínculos interhumanos, y sobre la constitución interna de la especie. Estos nuevos hábitos de la ciencia hacen impredecible anticipar los estados futuros acerca de la vida del ser humano y su entorno. Es una ciencia, como diría Prigogine, que no nos da seguridades ni certidumbre. Un solo invento tecnológico puede hacer desaparecer cientos de miles de empleos. Un día nos despertamos y nos enteramos de que esta nueva ciencia había logrado la clonación. Cualquier otro día podremos ser sorprendidos por inventos más espectaculares.

Modificando a través de la ciencia su adaptabilidad al medio, el ser humano está aumentando no sólo la capacidad de subsistir, sino que altera también el modo como sobrevive en

relación con sus semejantes, al tiempo que modifica, de una manera dramática, los vínculos sociales y el vínculo que cada cual mantiene consigo mismo.

La sociedad del conocimiento nos ha presentado a la ciencia y la tecnología como panaceas capaces de solucionar todos los problemas de la vida humana y de la Tierra; sin embargo, no se debe olvidar que quienes tienen el dominio científico-tecnológico en sus manos vuelven inevitablemente dependientes a los otros. El que posee el dominio científico tecnológico puede afectar la vida de millones de personas, puede obtener todo tipo de ventajas en los grandes mercados, y puede lograr inmensos espacios de dominio de la vida humana, en especial el de los valores.

La tarea de la educación no es sólo preservar un pasado, sino también preparar a las nuevas generaciones para anticiparse al futuro. Las universidades deben tener capacidad para asimilar los impresionantes cambios en el ámbito científico, no sólo los nuevos paradigmas que se están vinculando en este tercer milenio, sino también sus implicaciones éticas. Por esto, debe educar a los jóvenes para una nueva forma de vivir, y también para ser actores de este nuevo mundo del conocimiento.

Las instituciones universitarias tienen hoy, junto a sus tareas de formación y educación, el ineludible compromiso de hacer investigación científica para generar, adaptar y difundir conocimientos y tecnología. Si

medimos la capacidad científica de la región de América Latina y el Caribe, ésta no llega todavía al 2% del total mundial. Y en términos absolutos, Brasil, Chile, Argentina y México producen más del 80% de las publicaciones científicas de la región.

La productividad científica per cápita para los países desarrollados es en promedio 24 veces superior a la de Latinoamérica. En el caso específico de Colombia, su producción es muy baja y el número de científicos alcanza los 6.200, lo que, comparado con los países industrializados como Estados Unidos, que tiene 962.700 científicos, Alemania 389.000, Japón 787.402, demuestra la profunda brecha que nos separa de la sociedad del conocimiento.

Como señala Neira (2001), *«el problema de la ciencia y la tecnología es más grave que el accidente nuclear o la revolución computacional. El problema concierne tanto a su vínculo con la naturaleza como con el ser humano»*. La técnica o los medios para producirla son, a la vez, el medio y el fin de la lucha política internacional, como bien lo percibe Lyotard en la condición postmoderna. No en vano algunos países hacen todo lo posible para que otros sean permanentemente dependientes en materia científico-técnica. De allí que pudiéramos afirmar que la ciencia y la tecnología han estado reforzando la idea hegemónica de un supuesto único modo de vida humana que transforma los valores, la sociedad, la cultura, los afectos y la naturaleza misma.

La ciencia y la tecnología nos han permitido conocer una extraordinaria riqueza de formas de vida humana, cada cual adaptada a una gran diversidad de ambientes; sin embargo, este pensamiento hegemónico está contribuyendo a disminuir de modo radical una gran cantidad de culturas del mundo, ya que el mayor esfuerzo de hoy consiste en dominar la naturaleza humana al mismo tiempo que se domina la naturaleza externa. No se puede negar el inmenso aporte que la ciencia y la tecnología han hecho al mejoramiento de la calidad de vida de los seres humanos sobre el planeta. Tampoco podemos olvidar que casi todos los modelos utópicos de sociedad han resultado opresivos. La utopía de la sociedad del conocimiento no puede hacernos olvidar que ésta puede llevar a hacer desaparecer la libertad, ya que lo que no tuviere «sanción científica» carecería de validez.

Enorme tarea la de la universidad para superar la tensión entre su eminente necesidad de participación en el acrecentamiento del saber científico, y evitar los peligros de que el saber científico dominante arrase con otras formas de vida y con la libertad de conciencia. Por esto, las universidades, junto con ser centros de producción de conocimiento, tienen también la inmensa responsabilidad de fomentar el debate ético-político sobre el papel de la ciencia y la tecnología en la sociedad.

■ El mundo virtual

Un tercer factor del entorno que es necesario destacar es el fenómeno de la *virtualización*, que se manifiesta de varias maneras en una amplia gama de procesos. Es una fuerza que marca todos los fenómenos contemporáneos.

De acuerdo con Pierre Lévy (1999), «*lo virtual, en un sentido estricto, tiene poca afinidad con lo falso, lo ilusorio o lo imaginario. Lo virtual no es, en modo alguno, lo opuesto a lo real, sino una forma de ser fecunda y potente que favorece los procesos de creación, abre horizontes, cava pozos llenos de sentido bajo la superficialidad de la presencia física inmediata*».

Un «mundo virtual» es definido como «*una base de datos gráficos interactivos, explorable y visualizable en tiempo real en forma de imágenes tridimensionales de síntesis capaces de provocar una sensación de inmersión en la imagen. En sus formas más complejas, el entorno virtual es un verdadero 'espacio de síntesis', en el que uno tiene la sensación de moverse 'físicamente'*», según Quéau (1995: 15), para quien los mundos virtuales equivalen a una revolución copernicana, en el sentido de que antes se giraba alrededor de las imágenes y ahora se gira *dentro* de ellas. Según este mismo autor, con lo

¹ Como es característico de la época contemporánea, la virtualidad no podía estar exenta de paradojas. En su obra, Philippe Quéau alerta que junto a lo fascinante del fenómeno y su capacidad para configurar y reconfigurar el mundo, también podría

virtual no se trata de sustituir lo real, sino de representarlo de una mejor manera.¹ Por ello, para algunos lo virtual significa fundamentalmente un intento de hacer más accesible, comprensible y más manejable la creciente complejidad de los sistemas (Cuesta, 1998).

Sin embargo, parece ser que el mundo virtual rebasa la simple *simulación* de los fenómenos. Las imágenes virtuales van siendo capaces cada vez más de borrar las fronteras entre lo real y lo falso, pues «*lo virtual [...] no es ni irreal ni potencial: lo virtual está en el orden de lo real*» (Quéau, 1995: 27). En concordancia, Manuel Castells (1996: 372) enfatiza que lo que es históricamente específico al nuevo sistema de comunicaciones organizado alrededor de la integración electrónica de todos los modos de comunicación, desde el tipográfico hasta el multisensorial, no es la inducción de la realidad virtual, sino la construcción de la virtualidad real.

El mundo virtual ha generado una serie de nuevas estructuras, siendo, según Wong², las más conocidas las siguientes: «1) realidad virtual; 2)

desfigurarlo, pudiéndose convertir en un nuevo «opio del pueblo». Por ello sugiere seguir con atención su desarrollo e intentar contener sus empleos éticamente cuestionables.

² WONG-GONZÁLEZ, Pablo. «Globalización y virtualización de la economía: Impactos territoriales». Este trabajo es una versión ampliada de la ponencia presentada en el *V Seminario de la Red Iberoamericana de Investigadores sobre Globalización y Territorio*, convocada por la Red Iberoamericana de Investigadores sobre Globalización y Territorio y la Universidad Autónoma del Estado de México; Toluca, Estado de México, septiembre 21-24, 1999.

producto virtual; 3) corporación o empresa virtual; 4) departamento virtual; 5) moneda virtual; 6) universidad virtual; 7) comunidad virtual; 8) región virtual. Esta última se encuentra en la parte más alta de la pirámide que representa la nueva modalidad de configuración territorial (Boisier, 1996), una modalidad que responde a la lógica territorial del actual capitalismo tecnológico propio de la globalización y ya no más al voluntarismo político del Estado, *ex-cartógrafo de mapas regionales*. Naturalmente, la virtualidad es claramente un sub-producto de las tecnologías de la información y de las comunicaciones, cuyo uso requiere tanto del *hardware* como del *software*, es decir, de conocimiento».

La educación superior, por primera vez en muchos años, se enfrenta a la posibilidad de cambios radicales en la medida que las nuevas tecnologías van diseminándose por el mundo. Muchos académicos se han declarado contrarios a la presencia de estas nuevas tecnologías en el mundo de la educación. Nos guste o no, la virtualización está creando una nueva sociedad con nuevos paradigmas, rompiendo esquemas que las personas tenían, y provocando inseguridad y temor en quienes creían tener su ambiente bajo control.

Hoy es posible imaginar universidades donde los profesores y alumnos trabajan desde sus casas, automóviles, o incluso en la calle, a miles de kilómetros entre sí, en países diferentes, utilizando avanzadas tecnologías de comunicación y

computación, accediendo a una nueva comunidad internacional en la que es posible desplazarse virtualmente en tiempos reales a través del ciberespacio, sin limitaciones de distancias o fronteras físicas o políticas. En efecto, la tecnología, llámese computador, acceso a Internet, protocolos de conversación, base de datos, está dando lugar a nuevas maneras de enseñar, de informar y, probablemente, de educar a las personas, más rápidas, menos costosas y más efectivas.

La educación universitaria de la región debe preocuparse seriamente por la virtualización, para no quedarse demasiado atrás, haciendo más profunda la brecha digital. Es probable que no tener acceso a las nuevas tecnologías en educación prácticamente significará ser analfabeto en el futuro cercano. La implementación de la virtualización en la educación es una condición si se quiere preparar a las nuevas generaciones para participar adecuadamente en los procesos sociales, económicos y culturales.

En América Latina tenemos una antigua tradición de fetichizar los objetos y las ideas. Algunos acriticamente asumen este mundo virtual sin discutir sus implicaciones éticas, políticas y, especialmente, psicológicas. Así como sería un error que la universidad diera la espalda a la virtualización, también sería una equivocación asumir este nuevo reto sin una conciencia crítica sobre sus ventajas y desventajas.

■ La exclusión social: El mundo del trabajo humano

Mientras los documentos de la UNESCO y otros organismos internacionales propugnan por una profundización de la democratización y un reforzamiento del Estado de derecho, un elemento clave es conocer la función que cumple la educación en general y la superior en particular *«en el principio y preservación de la democracia y en la formación de jóvenes y los adultos en ciudadanía democrática»* (UNESCO, 1998).

No se puede desconocer que la evolución de la economía y la estructura del empleo tienen una gran importancia en la vida de nuestras universidades. En Colombia son cada vez más numerosos los sectores de población que enfrentan la exclusión social. La gran mayoría no tiene acceso a las universidades, y los jóvenes que cursan con éxito sus estudios universitarios al recibir su título son también víctimas del desempleo, que, por desgracia, cada día se agudiza.

Esta exclusión social de los jóvenes, tanto aquellos que no pueden ingresar por limitaciones económicas a estudios superiores como los desempleados con títulos universitarios, afecta todos los esfuerzos de democratización y la construcción de democracia.

Un aspecto delicado de esta exclusión social es el éxodo de profesionales, que constituye un serio problema. Aunque es conveniente mantener cierta movilidad de

profesionales para el enriquecimiento intelectual del país, resulta muy grave cuando miles de estos jóvenes, que son los más altamente preparados, migran desesperados a otros países porque la sociedad colombiana no les ofrece los medios institucionalizados para poder aportar al bienestar de la sociedad y la cultura. Según la Unesco, cada profesional le cuesta a nuestros países el equivalente a US\$25.000. ¿Puede el lector calcular la pérdida en desarrollo humano que está experimentando el país con esta fuga masiva de jóvenes profesionales y su impacto en el desarrollo económico, social y cultural colombiano?

La universidad latinoamericana ha mostrado un conservadurismo perverso con respecto a la tensión entre formación y empleo, como si el futuro de sus egresados y de los miles de desempleados no tuviera que ver con su responsabilidad. Muy pocas instituciones de educación superior reflexionan acerca de la relación entre este mundo que cambia y los perfiles que deben tener los profesionales que egresan.

Aproximémonos a tantos temas que deberían desvelar a los educadores universitarios: ¿Habrán en el futuro suficientes puestos de trabajo para sus egresados? ¿Qué clases de trabajos habrá? ¿Cuáles son las prioridades nacionales y qué programas académicos deben desarrollarse? ¿Qué pasaría si el país se quedara sin industrias? ¿Cómo generar en nuestros estudiantes un espíritu emprendedor para que se

adapten a los nuevos tiempos? Estos y muchos interrogantes más deben ser preocupación de la formación integral en la universidad.

En el caso concreto de Colombia y otros países de la región, todavía se tiene la concepción de que los puestos de trabajo pertenecen a la economía formal y oficial; sin embargo, los estudios del tejido laboral muestran el crecimiento significativo de la economía informal. Hace 30 años, trabajar para una persona implicaba trabajar con una empresa. El empleo era de tiempo completo y tradicionalmente, como producto de la lucha economicista de los sindicatos de trabajadores, se disponía de una serie de prestaciones sociales que, además, daban estabilidad laboral.

Este cuadro, especialmente a partir de 1990, ha cambiado dramáticamente en Colombia. Los puestos de trabajo se han ido reduciendo, y con la incorporación creciente de la mujer a la vida económica, éstos se hacen más escasos y más competidos. Hoy, ante la escasez de puestos de trabajo, crece vertiginosamente la economía informal, que es una actividad que se mueve en toda la economía sin contabilidad. No hay registro de caja, regularmente no tributa, no aporta a la seguridad social, y con alguna frecuencia conduce a algunos a actividades ilícitas como el contrabando, la prostitución, la venta de drogas. En la mayoría de los casos se trata de personas sumidas en lo más profundo de la pobreza en una

sociedad que no le ofrece la más remota posibilidad de empleo. El médico que maneja taxi ya no es la realidad más dramática. Muchos profesionales se ven obligados a desempeñar actividades económicas menos reconocidas como la venta puerta a puerta de productos, venta de perros calientes en puestos callejeros, negocios caseros, y los que logran emplearse lo hacen con sueldos indignos al esfuerzo personal y a la inversión económica de su formación profesional.

La exclusión social es tema crucial de los sistemas universitarios. No se puede seguir aceptando un sistema que, con puros fines mercantiles, termina deformando personas a quienes se les otorga un título profesional, al mismo tiempo que se les incapacita para enfrentar este mundo absurdo, excesivamente centrado en el utilitarismo inmediatista y de espaldas a la realidad de los jóvenes, de sus necesidades y de sus intereses.

No se puede negar que nuestro país tiene una profunda deuda social con los jóvenes; no sólo en lo que concierne al respeto de sus derechos humanos fundamentales. También debido a la ausencia de voluntad política de aportar a un desarrollo humano para generar un profundo sentido de solidaridad y una movilización de todos los agentes institucionales y financieros, públicos y privados, que permitan el acceso a los bienes públicos necesarios para una existencia digna, que dé oportunidades reales y justas para su

ingreso al mundo laboral. Debemos tener la certeza de que usando los medios institucionalizados es posible lograr las metas culturales.

La universidad colombiana y la de la región deben ser conscientes de que tienen una responsabilidad creciente para adecuar su quehacer a la vida económica, cultural, social y política donde se hallen inmersas. La creación de mayor riqueza y mayor bienestar para la sociedad está estrechamente ligada a la pertinencia del quehacer universitario. Hay compromisos ineludibles, como la creación de un sistema científico-tecnológico sólido que estimule la investigación y flexibilice su sistema, para que los jóvenes talentos se forjen, no exclusivamente como profesionales, sino para que también tengan la opción de formarse desde el pregrado para la investigación. Es necesario generar el espíritu emprendedor en los estudiantes mediante el desarrollo de nuevas habilidades y capacidades personales y profesionales para enfrentar con éxito el mundo cambiante que les tocará vivir. Debe darse la posibilidad a ingenieros, economistas, administradores y otros profesionales para obtener un título paralelo en educación, para que cuando egresen puedan ayudar a educar y a formar a nivel medio a miles de jóvenes que hoy no tienen oportunidad de estudios universitarios. Formarlos para que puedan, en sus tiempos libres, hacer cosas útiles y placenteras. En fin, es la educación universitaria la que no sólo debe velar por preparar adecuadamente a sus

jóvenes para el mundo del empleo, sino que también debe tener la conciencia de que el sistema universitario, con su inteligencia, es uno de los que más empleos pueden generar, y llegar a ser el factor clave para disminuir la exclusión social.

La formación integral

Existen muchos otros factores del entorno que inciden en la formación universitaria. La sociedad colombiana está atravesando por numerosos conflictos, de los cuales los más graves son el conflicto armado, el narcotráfico y el crecimiento dramático del número de personas que viven en condiciones de pobreza. Sin embargo, a partir de este apretado análisis de contexto, y enmarcado en la sociología de la cultura, reflexionaremos sobre una concepción de formación integral que pueda ser coherente con el entorno en que la universidad está inmersa.

Humboldt, citado por Carlos Darío Orozco (1999), en su aparte «Teoría de la formación del hombre» declara que el objetivo de la educación es el desarrollo y la formación omnilaterales del ser humano, es decir, la personalidad.

Humboldt concebía la educación como el desarrollo de todas las potencias del individuo, y esperaba de ella una reforma de la sociedad. Goethe le asignaba a la educación un propósito formativo que *«consiste en la autoformación del individuo en el contexto histórico-vital, como apertura de quien se forma hacia la sociedad y*

cultura sin renunciar a su naturaleza humana».

Según Humboldt la formación de que se ocupa la universidad *«ha de centrarse exclusivamente en el desarrollo armónico de todas las capacidades de los alumnos; en ejercitar sus fuerzas sobre el número más pequeño posible de objetos y, en la medida de lo posible también, abarcándolos en todos sus aspectos y haciendo que todos los conocimientos arraiguen en su espíritu de tal modo que la comprensión, el saber, y la creación espiritual no cobren encanto, sino por su precisión, su armonía y su belleza interiores».*

La esencia de la universidad consiste *«en tender directamente a elevar la cultura moral de la nación; ello descansa en el hecho de que estos centros están destinados a cultivar la ciencia en el más profundo y en el más amplio sentido de la palabra, suministrando la materia de la cultura espiritual y moral preparada, no de un modo intencionado, pero sí con arreglo a su fin, para su elaboración».*

El sociólogo Marcel Pariat (1995) enfoca el problema de la formación integral más relacionado con la función reproductiva que la educación ejerce para la adaptación del estudiante al mundo económico, al mundo social y al mundo de la cultura. Formar, dice Pariat, *«es en alguna forma normatizar. Así, al enseñar, al transmitir, al tutoriar, lo que se ambiciona al fin y al cabo es buscar la integración que permita que los jóvenes puedan construir una*

identidad personal, social y profesional».

Tomando esta definición de Pariat, quisiera ahora referirme, en primer lugar, a la identidad profesional. Para la sociología de la cultura, lo que un joven viene a buscar a las instituciones de educación superior es una formación profesional. Sobre este tema quisiera detenerme un momento para demostrar la importancia de este aspecto de la formación integral.

El análisis comparado de las estructuras sociales de las civilizaciones muestra que las profesiones ocupan en nuestra sociedad una posición de inmensa importancia. Muchos de los aspectos claves del funcionamiento social dependen en un grado significativo de su nivel de desarrollo, ya que gran parte de la adquisición y aplicación del conocimiento científico se da preferentemente en el contexto profesional.

El valor de las profesiones se inicia a partir del momento histórico en que el ser humano hace una ruptura con la fundamentación trascendente y reivindica la realidad social como un orden determinado por los asociados. Es el momento en que la humanidad hace una afirmación de su autonomía y los individuos se hacen irremediablemente cargo de organizar su convivencia.

Este hecho social, que algunos autores han denominado *modernidad*, es principalmente un proceso de secularización. *«Es el lento camino de un orden recibido a un orden*

producido» (Lechner, 1998). La realidad deja de ser considerada como un orden predeterminado al cual debemos someternos y pasa a depender de la voluntad humana, la cual se hace responsable de la organización del mundo y de su propia autolimitación.

De esta manera, se fue produciendo una sustitución del fundamento divino por el principio de la soberanía en manos del pueblo, representado en la organización del Estado democrático. Así, la función integradora que cumplía anteriormente la religión pasa a la política, al atribuirle a ésta un lugar de preponderancia en la dirección del orden social.

Al ubicarnos en la situación de América Latina, aun reconociendo que la modernidad no es un modelo real de vida, existe consenso en que la modernización es una condición necesaria de cualquier tipo de desarrollo que busque superar los desequilibrios económicos, políticos y sociales y que al mismo tiempo satisfaga las necesidades fundamentales del ser humano para el logro de una existencia digna.

En síntesis, como señala Brunner, América está condenada a la modernidad si quiere superar su condición de atraso estructural, porque su vida en los últimos siglos ha sido impregnada de la experiencia cultural de Occidente; pero también por su historia, sus tradiciones, su lenguaje, su sistema de creencias, y especialmente por estar ubicada tan próxima al centro principal de poder

más activo de la modernidad en el presente, como es Estados Unidos de Norteamérica.

Con esto no se quiere señalar que estamos condenados a la dependencia, al pastiche cultural de la metrópolis imperial; aunque en alguna medida hemos tenido más acceso a los productos negativos de esa experiencia de vida, como son: la destrucción del medio ambiente, la carrera armamentista, la farmacodependencia, las estrategias de consumismo, las sectas religiosas que explotan comercialmente a personas desorientadas, las doctrinas de seguridad nacional, los circuitos de transmisión ideológica que van de la publicidad a la pedagogía; todo esto en una América Latina ahogada en sus propias contradicciones internas, en sus desigualdades y su pobreza, en sus carencias y potencialidades.

Absurdo sería pretender que América Latina llegara a la modernidad reproduciendo de manera acrítica la forma de vida de los países industrializados. No se trata de revivir el ideario de la Revolución Francesa, ni de reconstruir «el sueño americano», ni —como piensan algunos administradores ingenuos— copiar el milagro japonés, para superar nuestras contradicciones. Lo que caracteriza precisamente a la modernidad es su capacidad de cambiar, incluyendo aun sus mismos valores. Por ello, cada contexto socioeconómico y político en que se asiente tendrá su propia evolución heterogénea, contradictoria y relativamente autónoma, con sus propios espacios y especificaciones

que la hacen única en la historia.

Aunque el cambio de la estructura social sólo es posible si se compromete la acción coordinada de todos los miembros, y aunque es la voluntad del conjunto de las personas el único motor que puede impulsar el desarrollo, no deja de cobrar importancia el segmento de aquellos individuos a quienes, por su posición, la sociedad les ha asignado el rótulo de profesionales. Ellos están en la cúspide de la estructura social, en cualquier ámbito del sistema que se quiera observar. Si como ejemplo damos una rápida mirada al acontecer nacional, vemos que el mayor número de componentes del Congreso Nacional son profesionales. Por otro lado, el presidente y todos sus ministros ostentan profesiones; el sistema de justicia está controlado por profesionales del derecho; el aparato productivo, en el nivel de toma de decisiones, es controlado por distintos tipos de profesionales asociados a la economía y la producción; los medios de comunicación de masas, los dirigentes de los gremios y casi todas las esferas de poder en el país están asociados a las profesiones.

Esto, evidente en casi todas las naciones que han recibido la influencia de Occidente, es uno de los rasgos más importantes de la organización social, hasta el grado de que mucha de la eficiencia social depende del funcionamiento expedito de las profesiones. No sólo en la adquisición y aplicación de la ciencia, sino que su acción social está tan «estrechamente entrelazada en la tela

de la sociedad moderna», que es difícil imaginar su desenvolvimiento si se le anulara completamente.

Algunas personas no alcanzan a darse cuenta de que muchos rasgos típicos o distintivos de la civilización occidental están finalmente dependiendo en alta medida del desarrollo de las profesiones. Cuando hablamos del orden económico moderno, del desarrollo del aparato productivo, de la ciencia y la tecnología, del desarrollo social e incluso de ciertas manifestaciones artísticas, las profesiones contribuyen poderosamente en estas constantes sociales.

Es indudable que en nuestros países la proporción de profesionales constituye una franja extremadamente estrecha (menos del 3 por 1.000). No obstante, su poder para incidir en la vida de los otros es muy significativo, y desde el punto de vista estructural son múltiples los aspectos que se podrían considerar para respaldar esta información. Sin embargo, existe un problema clave para nuestro tránsito hacia la modernidad, el cual tiene que ver con la formación de las profesiones: ¿Realmente la sociedad colombiana está preparando profesionales capaces de desempeñar el papel requerido para ayudar a superar nuestras contradicciones y que nos permita superar este atraso estructural?

En un ensayo del sociólogo americano Talcott Parsons (1967) sobre las profesiones y la estructura social éste hace interesantes planteamientos acerca del papel que debe

rían desempeñar éstas en el conjunto del desarrollo de la sociedad. El autor señala la composición de tres elementos básicos en la formación de las profesiones, cualquiera que sea su nivel.

El primer elemento señalado es la *racionalidad*, que enfatiza en el hecho de que toda profesión en la sociedad moderna debe desarrollarse sobre bases científicas. Profundizando en este componente, digamos que una característica básica de la ciencia es su «racionalidad», en el sentido de que se opone al tradicionalismo. La investigación científica, considerada dentro del enfoque de Parsons, es decir, en términos de marco de referencia de la acción, se orienta con respecto a algunos patrones normativos, siendo uno de los principales el de la «verdad objetiva». Esta verdad objetiva es una verdad relativa y cambiante. Así, un profesional no sólo debería formarse como una persona asimiladora de conocimientos científicos, sino también con capacidad para producir nuevos conocimientos. Esto implica que la formación en las disciplinas básicas debería ser uno de los aspectos claves del desarrollo de su profesión, para que el énfasis de la educación esté en la capacidad de pensar «racionalmente» y no se reduzca a ser un ente instrumental, sólo con capacidad de ejecutar ciertas destrezas.

El segundo componente citado por Parsons es la *especificidad funcional*, referida a la necesidad de adecuar el conocimiento científico al

reconocimiento de la naturaleza y a la peculiaridad de los problemas del contexto, como a la posibilidad del desarrollo de habilidades para contribuir a su solución. Esta segunda condición ha permitido a las profesiones tener un papel relevante en el acontecer social y les ha dado la posibilidad de obtener un poder que podría denominarse *autoridad profesional*, que se basa fundamentalmente en una competencia técnica. Hablamos de las órdenes del médico, del consejo del abogado, del diagnóstico del psicólogo, etc.: la especificidad de la función define el campo particular del conocimiento y de la habilidad. Nadie consultaría con un agrónomo sobre un dolor de estómago, ni visitaría a un médico para que le aconseje sobre la construcción de un puente. Sin embargo, esta competencia técnica específica les permite a los profesionales tener un mayor margen de credibilidad, que supera el marco de su disciplina, en las relaciones con las demás personas.

El tercer componente básico en el desarrollo de las profesiones, para Parsons, es el de la *universalidad*, que apunta a la formación integral de las personas. Ésta se puede dar, principalmente, profundizando en el pensamiento social y humanístico, y en el verdadero sentido histórico que cada persona debe tener acerca de sí mismo, su profesión y el mundo en el que vive.

Con el fin de hacer énfasis en la *universalidad* como clave en la formación de las personas

profesionales; deseo destacar brevemente el papel que juega la formación en humanidades.

En una sociedad que pretende reducir a bienes negociables toda la actividad humana, es probable que en el análisis ingenuo de la enseñanza de las humanidades, éstas carezcan de importancia; sin embargo, representan la esencia de la educación universitaria, porque las humanidades tienen por misión mirar o teorizar lo irreductiblemente humano, son la expresión de lo más humano, lo que le da identidad al ser como tal: «*su lenguaje, su pensamiento, su vivencia de la temporalidad, su proyección futura, su vocación de trascendencia, de belleza, sus creencias y su identidad*» (Subercaseaux, 1999). Por esto, en la tradición alemana se habla de ciencias del espíritu, porque «*las humanidades buscan comprender a la persona en sí misma (antropología y filosofía), a la persona en el tiempo (historia), y a la persona imaginada por otras personas (literatura)*» (Rojas Sánchez, 1999).

Por esto, algunos autores hablan de las humanidades como la ciencia de la libertad, en oposición a las ciencias de la causalidad natural; y aunque aparentemente no tienen el avance de las ciencias de causalidad natural, su orientación obedece a la ley del permanente retorno a los orígenes como fuente germinal de todo desarrollo humano.

Así, a diferencia de la ingeniería o la medicina, que son disciplinas performativas, es decir, que valen en

la medida que contribuyan a sanar enfermos, a construir puentes, las humanidades orientan a la persona en relación con su propio ser en cuanto a humano, y no en relación a su función social. Por ello, las humanidades son «*preparativos indispensables para todas las ciencias y para todas las carreras de la vida*» (Andrés Bello, citado por Subercaseaux, 1999), porque ellas son las bases de la formación como ser humano y permiten ensanchar los ámbitos del conocimiento, ya que, entre otras cosas, son ellas las que nos enseñan a reflexionar y a expresarnos, a pensar críticamente y con creatividad, y en definitiva, ayudan al estudiante a desarrollarse en su esencial condición humana.

Sin pretender hacer un análisis estructural profundo del desarrollo de las profesiones en Colombia, es conveniente puntualizar que algunas condiciones citadas por Parsons están lejos de ser una realidad. Aunque la meta sociológica de la universidad contemporánea es la producción cultural, sobre ella también recae la responsabilidad última de la formación de las profesiones. En las últimas décadas estas instituciones, han puesto un marcado énfasis en la especificidad funcional, llevando el proceso de formación profesional a un grado instrumental tan extremo que no da cabida a la formación humanística. Al mismo tiempo no alcanzan a darse cuenta de que el mismo desarrollo histórico del conocimiento científico hace imposible que el alumno, en cinco años, incorpore el acervo de conocimientos

instrumentales disponible, y atiborran los planes de estudio de una gran cantidad de asignaturas que el futuro profesional debe incorporar de manera acrítica y superficial. Conocimiento instrumental que, probablemente, cuando salga a su ejercicio profesional estará revaluado por el natural desarrollo del conocimiento científico-tecnológico.

Este profesional formado sólo en la dimensión de la especificidad funcional, con algunas pinceladas de formación básica y desconocedor de su historia, preparado probablemente para el mundo del trabajo, pero incapaz de interactuar con el mundo social y de la cultura que lo rodea y con las otras formas de conocimiento, fue claramente definido por el filósofo español Ortega y Gasset como «un bárbaro que sabe mucho de una sola cosa».

Profesionales formados de esta manera están condenados a convertirse en subalternos de la sinrazón de nuestra cultura, incapaces de asumir una actitud de compromiso con los problemas que su sociedad debe afrontar en el presente y hacia el futuro, inmersos en una economía comercial donde el título se reduce a una mercancía determinada por las condiciones del mercado.

Por último, probablemente si hubiésemos mirado la formación integral desde la filosofía, tendríamos que haber explicitado una antropología de la formación y los criterios de orden epistemológico que tienen relación con «*la naturaleza del conocimiento, la ciencia y la técnica, y*

el sentido y posible compromiso ético de ésta con el hombre y la sociedad» (Orozco, 1999). Al mismo tiempo, el papel de las instituciones universitarias con el desarrollo ético de las personas que constituyen la comunidad universitaria.

Sin embargo, se quiso promover la reflexión sobre la Formación Integral a partir de la generación de la conciencia de las implicaciones éticas que la universidad tiene con la formación profesional-personal de nuestros jóvenes. Y en torno a los condicionamientos y efectos socio-políticos de la formación integral, que me parecieron muy pertinentes al tener en cuenta las condiciones del contexto de la sociedad colombiana actual.

Bibliografía

- BOISIER, S. (mayo, 2001)
Sociedad del conocimiento, conocimiento social y gestión territorial. Conferencia.
- COLCIENCIAS (septiembre, 1999)
Estudios científicos en educación. Plan estratégico 1999-2004. Bogotá.
- FERRO BAYONA, J. (2000)
Visión de la universidad ante el siglo XXI.
Barranquilla: Ediciones Uninorte.
- FISCHER ABELIUK, A. (22 de abril, 2001)
«Nuevos paradigmas para el tercer milenio». En
Artes y Letras.
- HUMBOLDT, G.
«Sobre la organización interna y externa de los establecimientos científicos superiores en Berlín». En *La idea de la universidad en Alemania: Fichte, Jaspers*. Suramericana.

LAVADOS, J.
«Discurso del 154 Aniversario de la Universidad de Chile».

LECHNER, N. (1988)
Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política. Chile: Flacso.

LÉVY, P. (1999)
¿Qué es lo Virtual? Barcelona: Paidós, Multimedia 10.

NEIRA, Hernán (2001)
Universidad Austral de Chile. Conferencia.

OROZCO, C.D. (1999)
«La formación integral en la universidad».
Revista Universitas Humanística.

PARIAT, M. & ALLOUCHE-BENAYOUN, J. (1993)
La fonction formateur. Analyse identitaire d'un groupe professionnel. Toulouse: Privat.

PARSONS, T. (1967)
Ensayos de teoría sociológica. Buenos Aires: Paidós.

ROJAS SÁNCHEZ, G. (marzo, 1999)
Tomado de *Artes y Letra*.

SUBERCASEAUX, B. (marzo, 1999)
Tomado de *Artes y Letra*.

UNESCO (octubre, 1998)
La educación superior en el siglo XXI. Visión y acción. Informe final.

WONG-GONZÁLEZ, P. (1999)
«Globalización y virtualización de la economía: Impactos territoriales».